

**Mariátegui: marxista ortodoxo
Una conceptualización del proyecto mariateguiano a la luz de sus vínculos
con la Internacional Comunista**

Por Silvana Ferreyra ¹

1. Introducción

El objetivo central del artículo es analizar el proyecto político e ideológico de José Carlos Mariátegui, centrándonos en uno de sus aspectos más polémicos, las vinculaciones con el marxismo y la Internacional Comunista. Pese a la gran cantidad de trabajos que se han publicado sobre este tópico, nos tomamos el atrevimiento de sintetizar la amplia gama de posicionamientos en torno a tres posiciones. En primer término, mencionemos a quienes consideraron que Mariátegui no fue marxista, profesando la filosofía aprista o adoptando ribetes populistas. En segunda instancia, citemos a aquellos intérpretes que calificaron al Amauta como un fiel servidor de la Internacional Comunista, pues habría recorrido una trayectoria cercana al marxismo-leninismo-estalinismo. Por último, señalemos a los autores que consideraron el marxismo mariateguiano como "heterodoxo", lo que equivaldría a sostener su carácter flexible, creativo y abierto. Al respecto, partimos de la consideración de este último grupo, como el punto de partida más sólido para efectuar un balance que nos permita repensar nuestro problema central. Específicamente, el interés por estas investigaciones responde a que constituyen las primeras tentativas por ofrecer una mirada librada de prejuicios y apriorismos, así como basada en rigurosos relevamientos de fuentes.

En concreto, partimos de la advertencia que efectúa Fernanda Beigel² al señalar que constituye una fuerte tentación denominar a Mariátegui como "marxista heterodoxo", aunque implica también un importante anacronismo, pues la "ortodoxia estalinista" recién habría cristalizado con posterioridad a su muerte, a mediados de los años treinta. Sin embargo, no compartimos su deseo por "liberar" el pensamiento mariateguiano de la dicotomía "ortodoxia/heterodoxia", por el contrario, pretendemos catalogar a Mariátegui como marxista "ortodoxo", reubicándonos desde una nueva perspectiva en el marco de los interrogantes que la pretendida "crisis" finisecular del marxismo instala en el horizonte de los estudios mariateguianos. De esta forma, nuestra definición retoma un punto importante de las tesis desarrollada por Flores Galindo, Oscar Terán, José Aricó y Michel Löwy³,

¹ Prof. y Lic. En Historia, Universidad Nacional de Mar del Plata. Obtuvo becas de investigación de la UNMdP (2004- 2006) y actualmente es becaria doctoral del CONICET. Participa como integrante del Grupo de Estudios Latinoamericanos (GEL) y del Grupo de Movimientos Sociales y Sistemas Políticos de la Argentina Moderna. Ha publicado avances parciales de su investigación sobre José Carlos Mariátegui en actas de congresos nacionales e internacionales y un artículo en la Revista *Nuevo Topo*. Este trabajo es una versión resumida de su tesis de licenciatura. sferreyr@mdp.edu.ar

² F. Beigel, *El itinerario y la brújula. El vanguardismo estético-político de José Carlos Mariátegui*, Buenos Aires, Biblos, 2003.

³ A. Flores Galindo, *La agonía de Mariátegui. La polémica en la Komintern*, Lima, Desco, 1980; J. Aricó, *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, México, Siglo XXI, Cuadernos de Pasado y Presente N° 60, 1980; O. Terán, *Discutir Mariátegui*. México,

entre otros, en cuanto delinear dos formas de entender el marxismo, una dogmática y positivista frente a otra abierta y romántica, como una de las aproximaciones más certeras a la realidad del marxismo en la segunda mitad de los años veinte. No obstante, difiere en los rótulos a otorgarles, partiendo de una conceptualización de Lukács, quien en 1919 defendía una noción de "ortodoxia" que se enfrentaba con el revisionismo; pero a la vez, y quizás principalmente, con otro sector del marxismo que también se autocatalogaba como "ortodoxo" (Kautsky, Plejanov).

"Así pues, 'marxismo ortodoxo' no significa reconocimiento acrítico de los resultados de la investigación marxiana, ni 'fe' en tal o cual tesis, ni interpretación de una escritura 'sagrada'. En cuestiones de marxismo la ortodoxia se refiere exclusivamente al método. Esa ortodoxia es la convicción científica de que en el marxismo dialéctico se ha descubierto el método de investigación correcto, que ese método no puede continuarse, ampliarse ni profundizarse más que en el sentido de sus fundadores. Y que en cambio, todos los intentos de "superarlo" o "corregirlo" han conducido y conducen necesariamente a su deformación superficial, a la trivialidad, al eclecticismo".⁴

Desde ya, Mariátegui no tuvo un contacto directo con estas disputas, desarrollada en el ámbito europeo y en un terreno más teórico que político. No obstante, conviene repensar esta conceptualización a partir de las condiciones de emergencia y realización de su proyecto.

2. Textos y Contextos

El proyecto de Mariátegui, tal como lo revela su denominación, fue el producto de una aleación entre una particular visión del marxismo y el contacto con la realidad peruana. En verdad, ambos elementos parecen inescindibles desde el comienzo, pues la incidencia de la realidad peruana no puede aislarse de su manera de comprender el marxismo, como un recorrido dialéctico de lo concreto a lo abstracto y de lo abstracto a lo concreto. Esta coyuntura peruana, signada por la crisis del sistema oligárquico, se inició con el advenimiento de la dictadura "modernizante" de Leguía (1919-1930). El oncenio leguista marcó el inicio de un ciclo de protestas sociales que, en reclamo de reivindicaciones diversas, atravesó a todas las capas sociales; pero particularmente a los campesinos, obreros y clases medias.

En este marco surgió el indigenismo como formación ideológica, expresión de una fuerza social popular, enunciada por un sector de intelectuales peruanos, sensibles frente a los problemas actuales del indio y sobre todo, conscientes de la imposibilidad de encarar un proceso de transformación social sin que éste implique el bienestar de las mayorías peruanas, es decir, de las masas indígenas. En principio, el elemento aglutinador fue la reacción frente al *indianismo*, corriente que recurría a una revalorización romántica del pasado pre-hispánico, de suerte que su imaginario resultaba celebratorio y conciliador. No obstante, y ante la posibilidad de

Universidad Autónoma de Puebla, 1985; M. Löwy, "Marxismo y romanticismo en la obra de José Carlos Mariátegui" *Revista Herramienta* N° 8, Buenos Aires, noviembre de 1998.

⁴ G. Lukács, "¿Qué es el marxismo ortodoxo?" en *Historia y consciencia de clase*, México, Grijalbo, 1969, p. 2.

agruparlos en un bloque frente a un adversario común, los indigenistas eran en varios aspectos heterogéneos.

La amplitud de criterios en torno a estos tópicos se reflejaba en *Amauta*, revista dirigida por Mariátegui pero integrada por un importante número de intelectuales de izquierda. La multiplicidad de posiciones se mantuvo incluso a partir de 1928, cuando la revista inició su segunda etapa, autodefinida como socialista a partir del distanciamiento con el APRA y su líder, Haya de La Torre. Si bien tanto Mariátegui como el líder del aprismo partían de la caracterización del problema del indio como problema de la tierra, éste último proponía construir el "capitalismo antiimperialista" a partir de la unión de los "trabajadores manuales e intelectuales", cuyo substrato común era el subconsciente indio. En consecuencia, para Haya de la Torre el actor político protagonista del cambio no podía ser otro que el mestizo, cuya condición social era pequeño burguesa. El mismo se constituiría como dirección de un frente amplio en el que, junto a su hermano aborigen, lucharía contra el imperialismo norteamericano. Mariátegui, por el contrario, sostenía que el problema del indio "...no es racial, sino social y económico; pero la raza tiene su rol en él y los medios de afrontarlo" (p. 290 CCL). Las tareas propias de la revolución democrático-burguesa serían llevadas adelante por una alianza obrero-campesina en un proceso de transición directa hacia el socialismo. Con el objeto de justificar dicho salto, construyó una tesis revolucionaria de la tradición. A través de ésta dilucidó las causas de la subsistencia y persistencia de las "comunidades" (ayllus) dentro y contra estructuras económico-sociales antagónicas, supervivencia que constituiría la plataforma de despegue hacia el socialismo moderno y la construcción de un "Perú integral".

La Internacional Comunista y el comunismo latinoamericano

Cuando hablamos de comunismo latinoamericano, nos referimos a una división regional de la Internacional Comunista (IC), cuya institucionalización recién parece haberse iniciado en 1924, año probable de la creación del Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista. Sin embargo, recién en 1929 se establecieron vínculos más directos entre todos los grupos comunistas de Latinoamérica, a partir de la realización del Congreso Constituyente de la Confederación Sindical Latinoamericana (Montevideo, mayo 1929) y de la Iª Conferencia Comunista Latinoamericana (Buenos Aires, junio 1929). Entonces, si por un lado la referencia al comunismo latinoamericano trasciende la mera entidad geográfica, por otro no podemos dejar de señalar el carácter embrionario del campo en cuestión para el período que nos ocupa. Al respecto, no todos los partidos que compartían el Secretariado Sudamericano estaban plenamente adheridos a la IC y, en muchos casos (Bolivia, El Salvador, Panamá, Venezuela y Perú) se trataba simplemente de grupos simpatizantes. Por otra parte, resulta significativo señalar que la autonomización relativa del campo del comunismo latinoamericano⁵ apareció estrechamente vinculada, en forma paradójica, a una decisión externa: "el descubrimiento de América" en el VI Congreso de la IC. Sin

⁵ Utilizaremos la terminología acuñada por Pierre Bourdieu a lo largo de su obra, para dar cuenta de la disputa por detentar la *ortodoxia* que se produce en un *campo* en vías de *autonomización* relativa como el del marxismo latinoamericano, en la década del veinte. Emplearemos estos conceptos como herramientas heurísticas, pero sin atenernos de forma estricta a la teoría que los contiene.

duda, si bien existían previamente elementos de identificación y nucleamiento, principalmente *La Correspondencia Sudamericana*, prensa del Secretariado que se editaba desde 1926, fue recién en el VI Congreso cuando se estableció una agenda de problemas específicamente vinculados al marxismo latinoamericano.

Así, dos procesos interrelacionados a nivel internacional, atravesaron la delimitación de un campo propio del comunismo latinoamericano: el pasaje de la táctica de "frentes únicos" hacia "el tercer período" y el ascenso del estalinismo. Resulta complejo precisar una fecha exacta para registrar el inicio de ambos cambios, pues tanto 1927 (derrota del Kuomintang) como 1928 (VI Congreso de IC) han sido señalados como hitos. Por su parte, Milos Hajek⁶, consideró que este giro recién culmina en la segunda mitad de 1929, después del Xº Pleno del Ejecutivo de la IC, cuando se oficializa la identificación de la socialdemocracia como socialfascismo y se extingue todo rasgo de democracia interna dentro del Partido. Desde una visión procesual del viraje, adoptaremos las propuestas de este autor, cuya tesis se potencia en un ámbito extracéntrico como el latinoamericano, donde los lineamientos políticos se transmitían con algunos desfases⁷. Jules Humbert Droz, representante del Presidium de la IC en la Conferencia de Buenos Aires y bujarinista confeso, da cuenta de este clima diferente:

"La atmósfera es infinitamente mejor que en Moscú. Incluso Pièrre, de la Juventud, que es estalinista de nacionalidad (sic), conserva a mi respecto una excelente camaradería, absolutamente exceptuada de esa bilis fraccional que corre hasta el borde en Moscú. (...) Tendremos al contrario fastidios con Codovilla".⁸

Justamente las palabras de Victorio Codovilla, dirigente del Secretariado Sudamericano de la IC y del Partido Comunista Argentino (PCA), abrieron las sesiones de la Iª Conferencia Comunista Latinoamericana con una caracterización general sobre la situación internacional de América Latina que profundizaba los lineamientos del "tercer período". A modo de ejemplo cabe citar la noción de "social-fascismo", utilizada por Codovilla en la apertura de la Conferencia, un mes antes de que apareciera por primera vez en un documento de la IC.

En definitiva, amparándonos en las conclusiones de investigaciones específicas⁹, pretendemos sugerir que el PCA estaba cooptado para 1928, específicamente después de su VIII Congreso, por una fracción estalinista encabezada por Victorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi. Asimismo, pretendían imponer su orientación en el Secretariado Sudamericano, apoyándose en que tanto esta institución como su órgano de prensa estuvieron siempre a cargo de la sección argentina. Pero, si bien

⁶ M. Hajek, "La táctica de la lucha de 'clase contra clase' en el VI Congreso" prólogo a *VI Congreso de la Internacional Comunista. Tesis, manifiestos y resoluciones*, México, Siglo XXI, Cuadernos de pasado y Presente Nº 66, 1977

⁷ El primer artículo que aparece en *La Correspondencia Sudamericana* caracterizando al tercer período corresponde a CS 17, 23/08/29.

⁸ Jules Humbert Droz, *De Lenine a Staline*, p. 390 obra citada en O. Vargas, *El marxismo y la revolución argentina*, Buenos Aires, Ágora, 1999, p. 459

⁹ Estas afirmaciones se sustentan en trabajos como los de H. Camarero, *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo de trabajo en la Argentina (1920- 1935)*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007 y D.Campione, "Los comunistas argentinos. Bases para la reconstrucción de su historia", versión electrónica en www.fisyp.rcc.com.ar, Agosto 1996.

el estalinismo había cooptado algunas secciones nacionales y éstas se ubicaban en lugares dominantes, el espacio latinoamericano aún no había sido monopolizado. En este sentido, durante el período que nos ocupa, en el seno del comunismo latinoamericano fueron posibles el disenso y el pensamiento crítico, delineándose una pugna por los espacios de legitimidad entre dos potenciales *ortodoxias*. Estas tendencias, a las que conceptualizamos al inicio, se presentaron en la Iª Conferencia Comunista Latinoamericana de modo concreto, al punto en que los actores del debate pusieron de manifiesto esta tensión en sus alocuciones. Por ejemplo, el venezolano Martínez fue muy claro al respecto...

“Una falla que he notado en esta Conferencia de parte del Secretariado es que se resuelven todos los problemas y cuestiones que plantean los compañeros con mucha exactitud dialéctica, mucha riqueza de teoría, pero se descuida la parte práctica del problema y no se tiene en cuenta la situación, la psicología y el ambiente propio en que esas líneas teóricas deben ser aplicadas” (p.174 CCL)

No obstante, aquellos que entendían el marxismo como método, no dejaban de buscar la legitimidad a partir de la invocación al leninismo o a las directivas de la Internacional Comunista. Para el caso de Mariátegui, algunos autores han aducido que tales invocaciones estarían restringidas a los artículos escritos para las conferencias comunistas (“El problema de las razas en la América Latina”, “Punto de vista antiimperialista” y “Antecedentes y desarrollo de la acción clasista”), donde el intelectual peruano habría camuflado algunos de sus supuestos menos convencionales¹⁰. Sin embargo, aquí intentaremos exponer como, aún entendiendo su obra en el marco de una corriente abierta dentro del marxismo y teniendo en cuenta que su formación teórica en esta doctrina no era de las más vastas, no es conveniente despreciar la influencia del leninismo en el pensamiento y la práctica política de Mariátegui si pretendemos comprenderlo en forma integral. En línea con las sugerencias que Portantiero efectúa para el caso de Gramsci¹¹, podría decirse que Mariátegui fue estrictamente leninista si comprendemos históricamente el leninismo, como una ruptura con la tradición socialista que condensó políticamente el salto revolucionario que exigía la crisis europea, planteada por la guerra y la socialdemocracia. A la vez, si prescindimos de la preocupación por la relación de unos textos con otros, práctica instaurada a partir de la sacralización del leninismo impulsada por el estalinismo, y nos centramos en la forma en que el Amauta trató de resolver para Perú lo que Lenin intentó llevar adelante en Rusia, observaremos el proceso desde una nueva perspectiva.

En este sentido, iremos precisando los rasgos de este escenario a través de debates concretos, seleccionados en función de la participación de la delegación peruana, conformada por Hugo Pesce (alias Saco) y Julio Portocarreo (alias Zamora), en las sesiones de la Iª Conferencia Comunista Latinoamericana. Nos detendremos fundamentalmente en torno a tres problemas: el carácter del movimiento revolucionario, el problema de las razas y la táctica de los partidos comunistas.

¹⁰ Por problemas de espacio, hemos omitido aquí una evaluación de las influencias intelectuales más controvertidas, tales como las ideas de George Sorel, que tienen reservada en nuestra tesina un apartado específico.

3. La pugna entre "ortodoxias"

El carácter del movimiento revolucionario

Algunos números de *La Correspondencia Sudamericana* incluyeron un resumen del VI congreso (CS 7-8, enero 1929) y formaron parte de la bibliografía obligatoria para la Conferencia. Las líneas tácticas que en esta última se adoptaron fueron prácticamente un calco de las esbozadas en el VI Congreso para los países coloniales y semi-coloniales: revolución democrático burguesa (agraria y antiimperialista) bajo la dirección del proletariado y su vanguardia, guerra a los terratenientes y la burguesía nacional, considerados agentes del imperialismo yanqui e inglés. Sin embargo, y aunque las resoluciones de la Conferencia no lo registren, la postura frente a estas caracterizaciones no fue unánime. En el informe redactado por Mariátegui y Hugo Pesce, "El Problema de las razas en la América Latina", leemos una crítica a la consigna sobre el carácter democrático-burgués del movimiento revolucionario:

"Nosotros creemos que entre las poblaciones 'atrasadas', ninguna como la población indígena incásica, reúne las condiciones tan favorables para que el comunismo agrario primitivo, subsistente en estructuras concretas y en un hondo espíritu colectivista, se transforme, bajo la hegemonía de la clase proletaria, en una de las bases más sólidas de la sociedad colectivista preconizada por el comunismo marxista" [la negrita es nuestra] (p. 279, CCL)

Esta perspectiva, sugerente de un "salto al socialismo", aparece también en otro informe titulado "Punto de vista antiimperialista" donde Mariátegui, después de homologar revolución antiimperialista y revolución socialista, se pregunta "¿hasta qué punto puede asimilarse la situación de las repúblicas latinoamericanas a la de los países semicoloniales...?" (p. 149 CCL). En consecuencia, su visión difería de la postura mayoritaria en la Conferencia, pero la posición que defendía no se alejaba tanto de las directivas de la Internacional. En la *Correspondencia Sudamericana*, el resumen de las tesis del VI Congreso daba cuenta de la táctica para los "países de capitalismo altamente desarrollado", los "países de desenvolvimiento mediano" y los "países coloniales y semi-coloniales", alertando en este último caso que

"...la transición a la dictadura proletaria, sólo es posible aquí, atravesando ciertos peldaños preliminares, y como consecuencia de todo un período de transformación de la revolución burguesa-democrática en revolución socialista. A condición de un apoyo directo de parte de los países de dictadura proletaria, esos países pueden llegar al socialismo evitando la fase de desenvolvimiento ulterior del capitalismo como sistema dominante" [la negrita es nuestra] (CS 7, enero 1929)

Precisamente en este último fragmento se ampararon los peruanos para sostener su posición durante las sesiones de la Conferencia de Buenos Aires. Pero sus argumentos hubiesen adquirido mayor legitimidad si la revista del Secretariado no hubiese omitido la descripción de los "países todavía más atrasados"...

¹¹ J.C. Portantiero, *Los usos de Gramsci*, Buenos Aires, Grijalbo, 1999, p. 82

“... en esos países la lucha por la emancipación nacional tiene una importancia central. La insurrección nacional y su triunfo pueden en este caso desbrozar el camino que conduce al desarrollo en sentido socialista, sin pasar en general por el estadio capitalista, si, en efecto, los países de la dictadura del proletariado conceden su poderosa ayuda.” [la negrita es nuestra] (p. 288 VI Congreso)

La dirección de *La Correspondencia Sudamericana*, en manos del PCA y específicamente de Rodolfo Ghioldi desde 1928, posibilitaba el control de la información y regulaba los límites del disenso al recortar los espacios de legitimidad. En general, el PCA consideraba que todos los países latinoamericanos eran homologables en sus condiciones generales, razón por la cual, impedía la construcción de caracterizaciones y tácticas particulares.

El problema de las razas

A través del informe que abría las sesiones sobre este tópico, los delegados peruanos defendieron el derecho de la raza india al libre desenvolvimiento de su propia cultura; afirmando, la necesidad de una lucha de reivindicaciones económicas y el deber que los partidos comunistas tenían de orientarla en el sentido de la lucha de clases. Justamente, la inclusión de una temática como el problema de las razas, distinta a los tópicos marxistas clásicos, vislumbraba cierta ingerencia del proyecto mariáteguiano en el programa de la IC para América Latina, pero las distintas posiciones en torno al tema evidenciaron que dicha influencia no podía extenderse al plano de las resoluciones.

La principal alternativa fue encabezada por el camarada Peters, miembro de la Internacional Juvenil Comunista y estalinista confeso. La consigna propuesta, autodeterminación para los pueblos indígenas, priorizaba la cuestión nacional por sobre la lucha de clases¹², abrevando así en el desarrollo teórico de Lenin sobre el problema nacional. Por el contrario, Mariátegui consideraba que el principio confederativo no era adaptable a la realidad peruana. En primer lugar, el rechazo se basaba en que las experiencias descentralizadoras en la historia del Perú, habían favorecido siempre a los gamonales, quienes incrementaron su poder gracias al regionalismo (p. 126 SE). En segundo término, el problema de la nación en Perú no podía asemejarse a otras cuestiones nacionales, analizadas previamente por los teóricos de la Internacional. Al respecto, el Amauta afirmaba:

“La unidad peruana está por hacer, y no se presenta como un problema de articulación y convivencia, dentro de los confines de un estado único, de varios antiguos pequeños estados o ciudades libres. En el Perú el problema de la

¹² Autores como Marc Becker se han sorprendido por estos posicionamientos, preguntándose “¿Cómo se explica la concordancia de Mariátegui, normalmente un pensador crítico que insistía en el trabajo abierto y honesto bajo el contexto de su realidad local, con una posición marxista y clasista tan ortodoxa mientras el Comintern, usualmente visto como una organización dogmática y jerárquica, tomaba lo que parecía una actitud voluntarista con respecto a la conciencia étnica?”. M. Becker, “Mariátegui y el problema de las razas en América Latina” *Revista Andina* Nº 35, Cuzco- Perú, Julio 2002, p. 192-93, versión electrónica en <http://www.yachana.org/research/revistaandina.pdf> En este apartado buscaremos, en alguna medida, restarle carácter paradójico a este interrogante.

unidad es mucho más hondo porque no hay aquí que resolver una pluralidad de tradiciones locales o regionales sino una dualidad de raza, de lengua, y de sentimientos, nacida de la invasión y de la conquista del Perú autóctono por una raza extranjera que no ha conseguido fusionarse con la raza indígena, ni eliminarla, ni absorberla.”(p. 134 SE)

Según Mariátegui, el Perú era todavía una nacionalidad en formación, su constitución efectiva solo podría ser el producto de la acción de los explotados peruanos. Asimismo, consideraba que las propuestas promotoras del exclusivismo indio no harían más que profundizar este aislamiento, pues a cualquier estado aborigen autónomo le sería imposible progresar, a causa del asedio imperialista y del boicot de los gobiernos burgueses vecinos. Por otra parte, cabe destacar que Mariátegui y su partido no se oponían totalmente a la consigna de la federación, ya que la utilizaban en el plano latinoamericano. Así afirmaba el Amauta en un reportaje al diario peruano “El Mercurio”:

“Mi esperanza y mi augurio son: que una confederación peruano-chileno-boliviana, u otra más amplia aún, pero en la que entraran nuestros dos países, constituirá la primera unión de Repúblicas Socialistas de la América Latina (...) Amauta representa el único sector exento de responsabilidad en las especulaciones chovinistas.”(AM 23, Mayo 1929)

En este sentido se pronunciaba Mariátegui sobre la cuestión de Tacna y Arica, problema limítrofe entre Chile y Perú, efecto residual de la Guerra del Pacífico (1879-1883). Victorio Codovilla también criticó con agresividad la posición peruana, al sostener en el inicio de la Conferencia...

“Nuestros compañeros del Perú tampoco se han ocupado seriamente del asunto de Tacna y Arica –cuyo arreglo político por parte de Leguía produjo descontento en ciertas capas de la población- para ver si era posible, bajo la consigna de autodeterminación y del plebiscito mediante el contralor obrero y campesino, organizar la resistencia activa de las masas obreras y campesinas de esa región contra el arreglo ‘salomónico’ impuesto por los yanquis” (p. 30 CCL)

De esta forma, tanto Peters como Codovilla, homologaban el problema de la nación en Perú con la cuestión oriental y con el problema ruso de la autodeterminación de comunidades en el seno de un estado multinacional. En el imaginario del “oficialismo” este debate reproducía los cánones de la polémica entre Lenin y Rosa Luxemburgo en la IIª Internacional. Sin embargo, mientras Peters creía defender la posición bolchevique frente a la espartaquista sostenida por Mariátegui, no hacía más que reificarla. En palabras de Lenin...

“El derecho de las naciones a separarse libremente -decía Lenin- no debe confundirse con la conveniencia de la separación de una nación determinada en un momento determinado. Esta última cuestión debe resolverla el partido del proletariado de un modo absolutamente independiente en cada caso concreto, considerando los intereses de todo el desarrollo social y los intereses

de la lucha de clases del proletariado por el socialismo”¹³ [la negrita es nuestra]

Sin duda, el planteo mariateguiano era fiel al espíritu de Lenin, pero más en su método que en su letra. De forma ilustrativa, y a efectos de evidenciar en que medida las tesis leninistas influyeron a lo largo de su obra, citemos un fragmento de 1923, donde ya afirmaba

“La Tercera Internacional estimula y fomenta la insurrección de los pueblos de Oriente, aunque esta insurrección carezca de carácter proletario y de clases, y sea, antes bien, una insurrección nacionalista. Muchos socialistas han polemizado precisamente, por esta cuestión colonial, con la IIIª Internacional. Sin comprender el carácter decisivo que tiene para la revolución social la emancipación de las colonias del dominio capitalista...” (p. 144 HCM)

Entonces ¿por qué si tanto Peters como la delegación peruana parten de un análisis leninista de la cuestión nacional llegarían a conclusiones dispares? Por un lado, resulta clave la contraposición, a la que ya hemos aludido, entre dos formas de acercarse al marxismo, una dogmática y rígida frente a otra más abierta y dialéctica. Asimismo, la experiencia de lucha cotidiana contra el aprismo influyó en las formulaciones de los comunistas peruanos, pues en gran medida sus planteamientos se comprenden mejor en polémica con la consigna de “lucha de razas”.

Finalmente, estas diferencias teóricas y políticas quedaron plasmadas en las resoluciones de la Conferencia (CS 15, agosto 1929), siendo éste el único punto del programa en que se registró un desacuerdo de manera abierta. Posteriormente, cuando también el Perú cayó bajo la égida estalinista, el partido acabó aceptando la propuesta oficialista. A finales de 1930, tras la muerte de Mariátegui y con el reciente protagonismo de Ravines, el Plenum de la Confederación General de los Trabajadores del Perú dispuso...

“al pronunciarse sobre el problema indígena, reconoció su carácter fundamentalmente económico y el derecho de los indios no sólo a la reconquista de sus tierras sino también a disponer de sí mismo organizando sus propias repúblicas aymarás y quechuas” (AM 32, agosto-septiembre 1930)

La táctica de los partidos comunistas

A lo largo de las sesiones sobre “La lucha anti-imperialista y los problemas de la táctica”, los peruanos fueron atacados un sinnúmero de veces por la denominación que eligieron para su organización: Partido Socialista Peruano. Este rechazo aparecía vinculado a la condición N° 17 establecida por Lenin para la admisión de los partidos a la Internacional Comunista: la denominación “Partido comunista de...” (Sección nacional). Por supuesto, el problema no se reducía a una cuestión de nomenclatura, sino que implicaba diferencias en su composición social y organización política e ideológica. Portocarrero mocionó durante la Conferencia

¹³ Citado en L. Mármorea, *El concepto socialista de nación*. México, Siglo XXI, Cuadernos de pasado y presente N° 96, 1986. p.57

“constituir un partido socialista que abarque la gran masa del artesanado, campesinado pobre, obreros agrícolas, proletariado y algunos intelectuales honestos” (p. 154 CCL). Esta postura fue leída por intérpretes posteriores como la vocación de construir un partido amplio que incluyese en sus filas a la pequeña burguesía. Sin embargo, una lectura atenta de “Punto de vista anti-imperialista”, apunta a resaltar que “ni la burguesía, ni la pequeña burguesía en el poder puede hacer una política anti-imperialista (...) [dado que] sólo la revolución socialista opondrá al avance del imperialismo una valla definitiva y verdadera” (p. 150 CCL). Cabe destacar que este documento fue concebido en el marco de la ruptura con el APRA que respondió tanto a un proceso interno como externo, producto del viraje de la IC hacia la táctica “clase contra clase”. Para marzo de 1928, cuando Portocarrero viajó al IV Congreso Sindical Rojo, llevó una inquietud acerca de cuál posición sería conveniente adopten los comunistas peruanos frente al APRA. En respuesta, los peruanos habrían recibido una comunicación de la Internacional Comunista donde le sugirieron proceda a separarse de Haya de la Torre y su movimiento. Portocarrero explicita esta situación en su alocución de la Conferencia de Buenos Aires...

“¿Por qué ha surgido este Partido Socialista? Cuando llegó al Perú la resolución del Comintern sobre el APRA, nos decía claramente que el proletariado debía constituir un partido y si mal no recuerdo, un partido socialista. Se decía que el proletariado debía trabajar para que los equivocados dentro del APRA fueran atraídos hacia la Liga Antiimperialista, y así lo hemos hecho” (p. 155 CCL)

De cualquier forma, las feroces acusaciones que sufrió la delegación peruana por parte de sus contemporáneos no apuntaban en este sentido, cuya construcción fue producto de una lectura *a posteriori*. Por el contrario, la caracterización sobre la pequeña burguesía como una clase heterogénea y pendular fue uno de los puntos de acuerdo entre los delegados a la Conferencia. En cambio, las críticas en ese momento se enfocaron hacia la “errónea” homologación entre partido y bloque obrero-campesino. Esta “confusión” es aún más significativa si observamos su recurrencia, dado que los grupos comunista de Panamá, Bolivia, Ecuador y Colombia habrían caído en “desviaciones” similares. En cuanto a este punto conviene señalar que si bien, como detallaremos, resulta indudable la defensa de la política de “frente único” por parte del Amauta, a la vez parecen irrefutables las evidencias sobre su obediencia a las directivas que la IC impone en su “tercer período”. En efecto, los peruanos defendían un partido cuya composición respondía a las masas obreras y campesinas, pero aclaraban que dentro de esta organización de masas operaría un grupo marxista-leninista que procuraría imponer una orientación revolucionaria. Esta posición era fundamentada como la “táctica” adecuada para las condiciones concretas del Perú, vinculadas no sólo al “atraso” de este país, sino también al contexto represivo que impediría la constitución de un partido comunista legal.

Este tipo de iniciativa los abocó centralmente al problema de la organización sindical, como queda evidenciado al recorrer los escritos políticos de Mariátegui, casi totalmente dedicados a cuestiones gremiales. En el campo de la organización práctica también centró sus energías en el ámbito corporativo, tal como lo evidencian la edición de *Labor* y sus vínculos con el brazo sindical de la Internacional (Profintern), organización internacional con la que entabló lazos más

estrechos y cotidianos que con su brazo político. Por el momento, los comunistas peruanos consideraban inviable trascender defensas económicas y reivindicaciones básicas, tales como la creación de la Confederación General de Trabajadores del Perú, la libertad de organización, de reunión, de imprenta y de prensa. Sin embargo, partir del nivel de conciencia de las masas para determinar la concepción política de la dirección; no implicaba desconocer la importancia de la vanguardia, a la que consideraban elemento de cohesión principal y de importancia central para impulsar una lucha. En palabras de Portocarrero...

“cuando discutíamos este punto, llegábamos a la conclusión, de que si somos capaces de mantener el contralor, haremos del Partido Socialista, un partido revolucionario de clase; si somos incapaces de ejercer este contralor, habremos hecho que el proletariado haya dado un paso en su evolución y educación política” (p. 154 CCL)

En otro orden de cosas, vinculado también con la composición social del partido, algunos estudiosos contemporáneos han retomado, aunque en clave valorativa inversa, las tesis de Miroshovski¹⁴ sobre el protagonismo del campesinado en el proyecto mariáteguiano. En este sentido, si bien Mariátegui otorgó un lugar privilegiado al campesinado, no se alejó del programa de la IC, donde se ubicaba a este sujeto social como el protagonista de un proceso revolucionario en Latinoamérica. En todo caso, la “fusión” entre clase obrera y campesinado ocurría en el plano sindical, marcando aquí sí una diferencia muy significativa con las políticas de la Internacional. El Profintern sugería que obreros y campesinos debían organizarse separadamente en Sindicatos y Ligas respectivamente, a efectos de articularse, aunque sin perder su independencia, en un bloque obrero campesino. Aún así, los peruanos prefirieron incluir en la constitución de la Confederación General de Trabajadores del Perú no sólo a los “sindicatos obreros del país regularmente constituidos y conforme al principio obrero” sino también a las “ligas campesinas y las federación de comunidades indígenas” (*Labor* 9, 18/10/29). En este punto, resulta curioso observar como tan sólo dando vuelta una página de este número de *Labor*, observamos que no desconocían las directivas internacionales ni sus propósitos. Al parecer, los peruanos no vivían esta experiencia como una herejía, sino simplemente como una adaptación de las resoluciones internacionales a la realidad peruana, donde el componente indígena brindaba un importante substrato común al conjunto de los explotados. De cualquier modo, Mariátegui nunca rechazó la importancia de la hegemonía proletaria para impulsar un proceso transformador. Al respecto, no sólo existen alusiones explícitas¹⁵ en su obra, sino que además asignaba al proletariado la tarea de agitar y concientizar al campesinado, ubicándolo así en el rol de vanguardia intelectual. A modo ilustrativo, podemos reproducir algunas sugerencias que la delegación peruana introdujo en la conferencia. Así leemos...

“Para la progresiva educación de las masas indígenas, la **vanguardia obrera** dispone de aquellos militantes de raza india que, en las minas o en los centros

¹⁴ Miroshovski, V. M., “El ‘populismo’ en el Perú. El papel de Mariátegui en la historia del pensamiento social latinoamericano” en J. Aricó, (comp.) *Mariátegui...* op. cit. pp. 55-70.

¹⁵ Véase cita (p. 279, CCL) en pág. 5

urbanos, particularmente en los **último, entran en contacto con el movimiento sindical y político.**" [la negrita es nuestra] (p. 289 CCL)

En conclusión, hemos procurado reconstruir ciertos lineamientos en torno a la cuestión del partido, pese al déficit que la obra mariateguiana registra en torno a este tópico. Mariátegui y sus compañeros peruanos no escindían el partido del movimiento real de la lucha de clases, a la vez que lo concebían como una actividad por la cual se tiende a conquistar las más amplias masas, organizando las fuerzas necesarias para derrotar al régimen. En este sentido, entraban en abierta colisión con la interpretación estalinista que, erigiendo al partido como fin antes que como medio, terminaba considerando a la organización revolucionaria como un fetiche.¹⁶ Este enfrentamiento se torna más visible si consideramos el sospechoso extravío de un libro sobre la evolución política e ideológica del Perú que Mariátegui habría elaborado como continuación de *los Siete ensayos*, cuyo eslabón perdido es la figura del editor César Falcón, devenido en fervoroso defensor de Stalin durante la década del treinta.

4. Conclusiones

En este trabajo nos propusimos caracterizar el proyecto mariateguiano, enfocando particularmente sus vínculos con el marxismo y la Internacional Comunista. Al respecto, comenzamos proponiendo la identificación de Mariátegui con el "marxismo ortodoxo", conceptualización que nos permitió organizar la evidencia histórica, a efectos de iluminar nuevos aspectos sobre el problema investigado. En este sentido, ubicamos el proyecto mariateguiano en el seno de los debates que tuvieron lugar durante los años veinte entre dos maneras de entender el marxismo que, lejos de rechazarla, se disputaban la noción de ortodoxia. Al respecto, nos concentramos en una dimensión práctica, siguiendo el consejo de Marx respecto a que importa todavía más lo que un hombre es que aquello que imagina ser. En particular, rastreamos los enfrentamientos concretos que se suscitaron entre las dos potenciales *ortodoxias* en el campo del comunismo latinoamericano. En este punto, si bien la facción estalinista ya dominaba algunas secciones nacionales, cuya posición dirigente en el Secretariado Sudamericano la colocaba en una ubicación privilegiada, distintos elementos confluyeron para demostrar la ausencia de una "ortodoxia" estalinista cristalizada. A saber, factores tales como la posibilidad del disenso, manifestada en la Iª Conferencia Comunista Latinoamericana a través de la publicación de dos resoluciones sobre el problema de las razas y de la tolerancia frente a "diferentes" visiones sobre la organización política. Análogamente pueden citarse las resistencias que encontró el "oficialismo" para fijar un sentido único al leninismo y en otro plano, la presencia de un bujarinista como Jules Humbert Droz conduciendo la conferencia de Buenos Aires. Desde esta perspectiva, Mariátegui y el grupo que aglutinaba en el Perú se identificaron con la Internacional Comunista

¹⁶ Según Miguel Mazzeo, existirían dos leninismos: uno "jacobino - blanquista" y otro "de bases". Al respecto, el primero contendría embrionariamente algunos rasgos del estalinismo, en particular la distinción entre ser y conciencia, que apunta a reemplazar la iluminación teórica de la vanguardia por la actividad práctico- crítica de las masas. Por los rasgos que hemos mencionado, identificables tanto con uno como con otro lineamiento, podríamos observar en que forma esta tensión se reproduce en cierta medida también en el pensamiento de Mariátegui. M. Mazzeo, *¿Qué (no) hacer? Apuntes para una crítica de los regímenes emancipatorios*, Buenos Aires, Antropofagia, 2005.

en la medida en que, pese a sus diferencias, procuraron influir en sus decisiones, razón por la cual disputaban con sus propuestas un espacio de legitimidad en el Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista.

Referencias

Obras de José Carlos Mariátegui

DM: *Defensa del Marxismo*, Lima, Amauta, 1987, Tomo 5.

SE: *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima, Amauta, 1972, Tomo 2.

HCM: *Historia de la crisis mundial*, Lima, Amauta, 1985, Tomo 8.

OP: *Obra política*, México, Era, 1979.

Actas de Congresos

CCL: Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista; *El movimiento revolucionario latinoamericano. Versiones de la Iª Conferencia Comunista latinoamericana*, Buenos Aires, SUDAM, Junio 1929.

VI Congreso: *Actas VI Congreso de la Internacional Comunista (1928)*, México, Siglo XXI, Cuadernos de Pasado y Presente N° 66-67, 1977.

Publicaciones periódicas

CS: *La Correspondencia Sudamericana*. Rev. Quincenal, Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista. Dir: Penelón- Ghioldi. Buenos Aires. [1926-30]

AM: *Amauta*, Rev. mensual de doctrina, literatura, arte, polémica. Dir: J. C. Mariátegui, N° 1-32. [1926-30]. Edición en facsímile, Lima, Empresa Editora Amauta, 1976.

Labor. Quincenario de información e ideas. Dir.: J.C. Mariátegui. N° 1-10 [1928-1929], Edición en facsímile, Lima, Empresa Editora Amauta, 1974